

HIPÓLITO SÁNCHEZ MOREJÓN



LOS EXTRAÑOS AMIGOS
DE JACK

narrativa



CAPÍTULO 1

El ambiente ideal

Jack siempre pudo presumir de tener una infancia dorada con su familia. Fruto del amor entre sus padres, Alison y Jeremy, nació este niño, un poco bajo y enjuto para su edad, pero lleno de vida y alegría. Ya recién nacido, no se le ocurrió más que marcar el territorio alrededor orinando literalmente a su madrina con una sonrisa de oreja a oreja.

Los Wells vivían en una zona residencial de casas asequibles, ideal para un matrimonio en sus inicios. La zona de Willesden estaba situada en la zona noroeste de Londres, a cinco minutos de Charing Cross. Era una zona relativamente barata, que compensaba su escasez de bares y tiendas con una rápida conexión con el centro a través del Metro, y con Notting Hill en autobús.

La casa donde vivían Jack y sus padres era de estilo victoriano, de dos pisos de altura, la mayoría de ladrillo rojo, y un pequeño jardín frontal, todo ello, rodeado de una verja. Las puertas y las ventanas eran de metal y de aluminio blanco. Pese a ser una zona residencial, la zona estaba habitada por numerosos estudiantes y clase

trabajadora que aspiraban, igual que sus homólogos americanos, a mejorar económicamente, aunque se hipotecasen de por vida...

El padre de Jack trabajaba de comercial en un concesionario de vehículos de gran prestigio en la zona. Todos los días salía a trabajar vestido con un traje color azul oscuro impoluto, con su camisa perfectamente planchada, afeitado y bien aseado y con su maletín bajo el brazo que incluía su cartera de clientes.

Un beso de despedida de su mujer era la gasolina diaria que Jeremy necesitaba para emprender una agotadora jornada de trabajo que se traducía, a última hora del día, en unos pies cansados y doloridos. Ya eran 14 años los que llevaba Jeremy, intentando captar clientes al teléfono, patearse las calles de Londres ejerciendo de comercial o tirando de verborrea para intentar convencer a los clientes de la calidad de los vehículos de su jefe. De vez en cuando y, siempre y cuando tuviera el trabajo avanzado, venía a casa al mediodía a comer con su familia, pero casi siempre llegaba hacia las 20:00 horas, después de haberse ido a las 7:30 de la mañana.

Pese a lo cansado que se encontraba a veces, Jeremy siempre hallaba unos minutos libres para estar con su hijo un rato. Bien se tiraba al suelo y se ponía a jugar con Jack, que se subían en el sofá, como si fuera su «zona de juegos» y no paraba de hacerle cosquillas. Más de una vez, Alison deslizaba una manta sobre sus dos hombres

de la casa, abrigándoles en el sofá tras haberse quedado dormidos.

Pero las obligaciones del cabeza de familia eran puntuales y apremiantes a primeros de mes, y una suculenta hipoteca con el banco le obligaba a rendir más de lo esperado para intentar conseguir beneficios. Bien es cierto que Alison, la madre, había trabajado de secretaria en unas oficinas hasta que se quedó embarazada; pero con Jack en sus vidas, decidieron que la madre se ocupara del niño para no tener que pagar una guardería. Los padres de Jeremy habían fallecido hacía tiempo y los de Alison, vivían en la otra punta de Londres; la posibilidad de dejar cada día a Jack con sus abuelos para que la madre pudiera trabajar se antojaba hartamente difícil.

Jack había nacido en un primaveral y lluvioso mes de marzo de 1988, año bisiesto y año del Dragón en el horóscopo chino. Año en el que Mike Tyson conquistó el título mundial de los pesos pesados o la selección holandesa conquistó la *Eurocopa* de fútbol. También en agosto de ese año finalizaba la guerra entre Irán e Irak, y Mijaíl Gorbachov era elegido por unanimidad, presidente del *Presidium* del Soviet Supremo y, en definitiva, del Estado soviético. El 2 de octubre se clausurarían los juegos olímpicos de Seúl.

El año que vio nacer a nuestro protagonista tuvo sin embargo una triste despedida. El vuelo 103 de *Pan Am* era un avión de la aerolínea internacional estadounidense

citada anteriormente que realizaba un itinerario entre Frankfurt (Alemania) y Detroit (Estados Unidos), haciendo escala a través de Londres y Nueva York. Fue víctima de un atentado terrorista el miércoles 21 de diciembre de 1988 cuando cubría el trayecto entre Londres y Nueva York, explotando en el aire y cayendo sobre la ciudad de Lockerbie (Reino Unido).

Entre semana, era raro el día que no se quedaban a ver la televisión por la noche, pese a tener que ir al día siguiente al colegio. Jack era un fan empedernido de un programa infantil que la *BBC* emitió durante los años 90, «*Noddy's Toyland Adventures*». La serie trataba sobre Noddy, un pequeño muñeco de madera que vivía en Toyland con su taxi rojo y amarillo, con el que trataba de ganar dinero metiéndose en problemas. Sus mejores amigos eran Big Ears (grandes orejas), Mr. Plod y el osito Tessie.

Cuando Alison terminaba de fregar los platos y cubiertos utilizados en la cena, se sentaba junto a sus «dos hombres» en el confortable sofá que tenían y, enroscados entre ellos, pasaban juntos una velada en familia, viendo la televisión en un ambiente de amor y armonía. «¡Vamos, perezosos, que mañana hay que madrugar!», solía decir la madre para intentar llevarse a su marido y a su hijo a la cama.

Los fines de semana solían pasarlos en el parque de atracciones, en el que Jack no paraba de subir a todos los aparatos habidos y por haber. Algún que otro beso se

escapaba entre la pareja, además de un cariñoso cachete en el culo que Jeremy le propinaba a su mujer, pero la intensa actividad y la atención que Jack demandaba les hacía de nuevo volver al mundo real y dejar a un lado sus escarceos amorosos.

Los domingos por la mañana se levantaban tarde y, entre juegos y bromas, Jack iba como un rayo a la cama de sus padres para jugar con ellos. Tras un buen desayuno compuesto por huevos, bacon y cereales, Jeremy se llevaba a Jack a jugar al fútbol a una gran explanada de hierba que había cerca del barrio. Un balón y unas tremendas ganas de estar juntos y pasarlo bien eran los ingredientes perfectos para pasar un buen rato una mañana de domingo entre padre e hijo. Alison se quedaba en casa poniendo alguna colada y preparando la comida. Jack y su padre eran seguidores fieles del *Liverpool* y Jeremy solía agrandar a su hijo llevándole una vez al mes a ver un partido en el mismo escenario de los partidos de la escuadra inglesa, el mítico *Anfield*. Dos grandes bocadillos y, abrigados con los colores favoritos de su equipo en sendas bufandas, hacían pasar a Jack unos momentos inolvidables...

A menudo, Jack solía decir a su padre con la boca llena de comida y mirada lastimera que los quería mucho a los dos. El padre le respondía con los ojos humedecidos, dándole un «abrazo de oso» que cubría todo el cuerpo y la cabeza del muchacho.

Las semanas pasaban entre fríos y nevados inviernos, lluviosas primaveras y veranos poco calurosos. Cuando Jeremy tenía vacaciones, Benidorm era el lugar de descanso ideal para miles de británicos. La calidad de sus servicios, los buenos precios de la costa española y el sol por excelencia animaban a los Wells a descansar unos días y cambiar el chip de la rutina diaria.

No fue hasta 1996 y cuando Jack tenía ocho años, cuando, escondido tras un tabique de la casa, pudo escuchar a su madre cómo le daba la buena nueva a su marido: estaba embarazada. Los ojos diminutos del hasta entonces pequeño Jack se iluminaron como dos estrellas y estaban tan abiertos que parecían que fueran a estallar-seles. «¡Jopé, qué alegría. Por fin voy a tener una hermanita!», pensaba una y otra vez el muchacho.

Al igual que años atrás con Jack, un rayo de ilusión y alegría se coló en el hogar de los Wells. Los meses siguientes previos a dar a luz, Alison se dio cuenta de que Jack le cuidaba y la mimaba más si cabe, sin atisbar ningún tipo de celos en su hijo. Cada segundo que pasaba en ese hogar, la felicidad se colaba en los corazones de sus moradores. Cada día era vivido con especial emotividad y como si fuera a ser el último de sus vidas. Por las noches, y con Jeremy ya en casa, a la espera de un cuarto miembro en la familia, Jack y su padre colmaban de atenciones a su madre, la cual se veía abrumada cuando le ponían los pies en alto o le traían la cena para que no

hiciera esfuerzos al levantarse. «¿Cómo la vamos a llamar, mamá?», preguntaba Jack un día sí y otro también a su madre, inquieto y nervioso. La posibilidad de tener otra compañera de juegos le volvía loco al pequeño de los Wells.

A falta de un mes para dar a luz y tras hablarlo los dos progenitores, le dieron a Jack la posibilidad de poder elegir el nombre del esperado bebé. Esa oportunidad llenó de felicidad al pequeño y, pese al honor que le habían concedido y con la ingenuidad propia de su edad, eligió el nombre de su hermana una tarde del mes de abril. «¡Mamá, ya he elegido el nombre de mi hermanita!», exclamó Jack mientras devoraba una tableta de chocolate con pan. Alison, haciendo un poco de ganchillo para entretenerse y con las piernas un poco hinchadas debido al embarazo, siguió cosiendo haciendo caso omiso al muchacho, pues ya le había propuesto anteriormente, ¡cientos de nombres a cada cual más extraño! «Nevera», «Barriguita» u «Osita» habían sido algunos nombres con los que el pequeño Jack, había «deleitado» a sus padres. Pero esa tarde, Alison se dio cuenta de que su hijo tenía un don especial para su corta edad. Cuando Jack miró a su madre con esa mirada pícara y al mismo tiempo lastimera que le caracterizaba y que clavaba en los ojos de los demás, Alison se percató de que su hijo había dado con el nombre adecuado. Un intercambio de miradas hizo presagiar el «gran hallazgo del año». Como

si de un tesoro se tratase, Jack se hizo de rogar y, chanta-jeando a su madre con unos caramelos, decidió soltar prenda y decidir el nombre que su hermana tendría para toda la vida... «¡April, mamá!». La mirada de Alison se volvió enternecedora y, escapándosele algunas lágrimas, abrazó a su hijo mientras Jack hacía ímprobos esfuerzos por no asfixiarse entre los brazos de su madre. «¡Mamá, me estás haciendo daño. Deja de besuquearme!», sugirió el pequeño mientras la madre daba rienda suelta a sus hormonas. «¡Eres un cielo, enano mío!», le decía una y otra vez la madre de Jack sin dejar de apretarle contra su regazo.

«¡Pues el nombre me encanta!», comentaba Jeremy mientras se quitaba la ropa del trabajo para meterse en la ducha. April fue el nombre elegido para la pequeña y Jack fue la persona que lo eligió. Ese día, Jack durmió como un lirón con su misión cumplida.

El nacimiento de la pequeña April eclipsó la vida de la familia y del barrio. Los Wells eran muy queridos entre los vecinos.

Las semanas siguientes serían las más recordadas por el pequeño de los Wells, junto al nacimiento de su hermana. El padre de Jack, pese a regresar agotado del trabajo, se deshacía en atenciones con su esposa. Incluso el pequeño Jack tomó ciertos galones en el hogar y empezó a colaborar más si cabe en las tareas de la casa: hacía su cama y la de sus padres (esta última parecía de todo menos una cama bien hecha), barría el pasillo y las

habitaciones dejando los rincones llenos de polvo, preparaba el desayuno a su madre, rompiendo, eso sí, varios huevos en el suelo para conseguir unos decentes huevos revueltos... La intención era lo que finalmente contaba, pero Alison sabía que necesitaba la ayuda de una persona adulta y no dudó en pedir a su madre que le echara una mano. La respuesta positiva de la madre no se hizo esperar y no le costó mucho convencer al padre de Alison de que debían estar al lado de su hija en esos momentos. «¡Ya verás qué alegría le dais a Jack!», respondía al teléfono alborozada la bienaventurada madre.

Las semanas siguientes pasaron volando en casa de los Wells, con los preparativos de la llegada de la pequeña de la casa. Los padres de Alison se asentaron sin ningún problema en el hogar de su hija y su yerno. Jeremy era muy buena persona, amante del diálogo y de las buenas relaciones con los demás. Era muy querido por la vecindad y por los padres de Alison. Le encantaba hacer deporte y solía llevarse a Jack con él, para cansarle y que cayera rendido por las noches en la cama. Ya con la familia al completo, el abuelo de Jack y su padre entablaban verdaderas «batallas» al ajedrez los fines de semana. Tras ayudar a su suegra con la colada o reparar cualquier avería que pudiera haber en la casa, Jeremy se entregaba por completo a su familia.

Ya en el mes de junio y con April formando parte de la familia, la tarde de un viernes cualquiera quedaría